

El amor es un sacrificio
en el altar del poder.



LAS CENIZAS Y EL REY MALDITO

CARISSA
BROADBENT

LAS CENIZAS Y EL REY MALDITO

CARISSA
BROADBENT

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

Título original: *The Ashes and the Star-Cursed King*

© Carissa Broadbent, 2023

© por la traducción, Pilar de la Peña Minguell, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

© del mapa del interior, Carissa Broadbent

© de las imágenes del interior, Shutterstock

Primera edición: mayo de 2025

ISBN: 978-84-08-30361-9

Depósito legal: B. 5.796-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



1

ORAYA

Mi padre habitaba los momentos brumosos de cada día en que yo aún no había llegado a abrir los ojos, atrapada entre la vigilia y el sueño.

Yo atesoraba esos momentos, cuando mis pesadillas ya se habían desvanecido, pero aún no las había reemplazado la cruda sombra de la realidad. Me volvía de lado entre sábanas de seda e inhalaba hondo aquel aroma familiar: a rosas, incienso, piedra y polvo. Estaba en la cama en la que había dormido todos los días durante quince años, en el cuarto que siempre había sido mío, en el castillo en el que me había criado, y mi padre, Vincent, el rey de los Nacidos de la Noche, seguía con vida.

Y entonces abría los ojos y la cruel e implacable lucidez de la consciencia se apoderaba de mí, y mi padre moría una vez más.

Esos segundos entre el sueño y la vigilia eran lo mejor del día.

El instante en que recuperaba la memoria era lo peor.

Aun así, merecía la pena. Dormía siempre que podía, solo por aferrarme a esos valiosos segundos. Pero no se puede detener el tiempo. No se puede detener la muerte.

Procuré no percatarme de que esos segundos eran cada vez menos.

Esa mañana abrí los ojos y mi padre seguía muerto.

PUM, PUM, PUM.

Quien estuviera aporreando la puerta lo hacía con la impaciencia de alguien que lleva esperando más rato del que querría. «Quien estuviera aporreando la puerta.» Yo sabía de sobra quién era. Ni me moví.

No podía, de hecho, porque la pena me había paralizado todos los músculos. Apreté la mandíbula, fuerte, ¡más fuerte!, hasta que me dolió, hasta que deseé que se me partieran los dientes. Me agarré con ganas a las sábanas, cerrando bien los puños. Olí el humo: el Fuego de la Noche, mi magia, prendiendo en ellas.

Me habían arrebatado algo valioso: aquellos momentos brumosos donde todo seguía siendo como antes.

Había despertado con la imagen del cuerpo diezmado de Vincent aún grabada a fuego en mi mente, tan muerto y mutilado en el sueño como en la vigilia.

—¡Despierta, princesa! —La voz era tan potente que, aun con la puerta cerrada, resonaba por todo el cuarto—. Conozco bien esos sentidos felinos tuyos. ¿Crees que no sé que estás despierta? Preferiría que me dejaras entrar, pero lo haré por la fuerza si es necesario.

Cómo odiaba esa voz.

¡Cómo odiaba esa voz!

Necesitaba diez segundos más antes de poder mirarlo. Cinco más...

PUM.

PU...

Me destapé de golpe, me levanté de la cama, crucé el cuarto con un par de zancadas y abrí furiosa la puerta.

—Vuelve a llamar —susurré— una... puta... vez... más.

Mi marido me sonrió, bajó el puño con el que, en efecto, estaba a punto de llamar otra puta vez.

—¡Esa es mi chica!

Cómo odiaba esa cara.

Cómo odiaba esas palabras.

Y lo que más me fastidiaba de todo era que, cuando las decía

ahora, le notaba la preocupación subyacente, veía cómo se le helaba la sonrisita al hacerme el repaso, de pies a cabeza, un examen rápido pero exhaustivo. Sus ojos se detuvieron en mis manos, cerradas en puños a los costados, y caí en la cuenta de que llevaba en una un trozo de seda carbonizada.

Me dieron ganas de usarlo como amenaza, recordarle que aquella seda podía ser él si no se andaba con cuidado, pero la preocupación que asomaba a su rostro y todo lo que aquello me provocaba por dentro me apagaron el fuego de las entrañas.

Me gustaba la rabia. Era tangible, fuerte, y me hacía sentir poderosa.

Solo que no me sentía precisamente poderosa cuando me veía obligada a reconocer que Raihn, el hombre que me había mentido y encarcelado, que había derrocado mi reino y asesinado a mi padre, en el fondo se preocupaba por mí.

Ni siquiera podía mirarlo a la cara sin vérsela salpicada de la sangre de mi padre, sin ver cómo me había mirado una vez, como si fuera lo más valioso del mundo, la noche en que nos habíamos acostado.

Demasiadas emociones. Las pisoteé con violencia, aunque me doliera como si tragase cuchillas. Era más fácil no sentir nada.

—¿Qué? —pregunté, y la pregunta me salió desinflada; no fue el azote verbal que pretendía.

Habría preferido no notar en su semblante la leve decepción, preocupación, incluso.

—He venido a decirte que te prepares —contestó—. Tenemos invitados.

¿Invitados?

Se me revolvió el estómago de pensarlo, de verme delante de desconocidos, sintiéndome escudriñada como un animal enjaulado mientras hacía un esfuerzo por mantener la compostura.

«Tú sabes controlar tus emociones, culebrilla —me susurró Vincent al oído—. Te lo enseñé yo.»

Me estremecí.

Raihnladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Qué?

Joder, cómo me fastidiaba. Siempre me pillaba.

—Nada.

Sabía que Raihn no me creía. Él sabía que yo lo sabía. Me repateaba que él supiera que yo lo sabía.

Pisoteé aquello también hasta que el sentimiento se quedó en un zumbido sordo de fondo, recubierto de otra capa de hielo. Requería un esfuerzo constante, aquel autocontrol, y agradecía poder centrarme en eso.

Raihn me miró expectante, pero no hizo comentarios.

—¿Qué? —dijo—. ¿No hay preguntas?

Negué con la cabeza.

—¿Ni insultos? ¿Ni negativa? ¿Ni discusión?

«¿Quieres que te lo discuta?», estuve a punto de replicar, pero entonces habría tenido que verle ese atisbo de preocupación en la cara y reconocer que, en el fondo, sí quería que se lo discutiera, y después habría tenido que experimentar, además, ese sentimiento complicado.

Así que volví a negar con la cabeza.

Se aclaró la garganta.

—Muy bien. Pues, toma, esto es para ti —dijo, y me tendió una bolsa de seda que llevaba consigo desde el principio. No pregunté—. Es un vestido —añadió.

—Vale.

—Para la reunión.

Reunión. Eso sonaba importante.

«A ti te da igual», me recordé.

Esperé a que preguntara, pero no lo hice.

—No tengo otro, así que, si no te gusta, no te molestes en protestar.

Se le veían claramente las intenciones. Casi estaba pinchándome con un palo para ver si me picaba.

Al abrir la bolsa, vi que dentro había un montón de seda negra.

Se me encogió el corazón. Seda, no cuero. Después de todo lo ocurrido, la idea de pasearme por el castillo vestida de algo que no fuera una armadura...

No obstante, dije:

—Está bien.

Solo quería que se fuese.

Pero Raihn ya no abandonaba nunca una conversación sin una mirada larga y detenida, como si tuviera mucho que decir y todo ello amenazara con brotarle de dentro antes de que saliera del cuarto. Todas las putas veces.

—¿Qué? —pregunté impaciente.

¡Madre Oscura! Tenía la sensación de que se me iban a terminar abriendo las suturas.

—Vístete —respondió por fin, para alivio mío—. Vuelvo dentro de una hora.

Cuando se fue, cerré la puerta y, con un suspiro entrecortado, me recosté en ella. Mantenerme entera aquellos últimos minutos había sido una agonía. No sabía cómo lo iba a hacer delante de un puñado de secuaces de Raihn. Más tiempo. Un montón de horas.

No iba a poder.

«Podrás —me susurró Vincent al oído—. Demuéstrales lo fuerte que eres.»

Cerré los ojos con fuerza. Quería aferrarme a aquella voz.

Pero se esfumó, como hacía siempre, y mi padre volvió a estar muerto.

Me puse ese estúpido vestido.



Raihn estaba nervioso.

Ojalá no lo hubiera visto tan claro, pero, al parecer, nadie más lo vio. ¿Por qué iban a verlo? Su actuación fue impecable. Encarnó el papel de rey conquistador con la misma facilidad con que había encarnado el de humano en la taberna, y el de participante sanguinario, y el de amante, y el de mi secuestrador.

El caso es que yo lo vi. Aquel músculo tenso en la mandíbula. La mirada fijísima y los ojos algo vidriosos. La forma en que se tocaba sin parar el puño de la manga, como si estuviera incómodo con el disfraz que llevaba.

Cuando volvió a mi cuarto, me lo quedé mirando sin darme cuenta, muy a mi pesar.

Vestía una chaqueta negra exquisita, rígida, con el reborde azul, y una banda a juego sobre el hombro, que contrastaba con los botones plateados y el sutil brocado metálico. Se parecía muchísimo a otro atuendo que le había visto en una ocasión: el que se había puesto para el baile de la Medialuna, el que le había organizado el Palacio de la Luna. Aun entonces, se había dejado el pelo alborotado, la barba sin afeitar, como si todo aquello lo hubiera hecho con desgana. Ahora iba bien afeitado. Llevaba el pelo recogido y atado para dejar al descubierto la Marca del Heredero, en la nuca, asomando por encima del cuello de la chaqueta. Tenía las alas desplegadas, con los bordes y las puntas de un rojo intenso. Y...

Y...

Se me hizo un nudo tan grande en la garganta que no podía tragar, no podía respirar.

Verle la corona puesta a Raihn fue como si me clavarán una estaca entre las costillas. Las puntas plateadas anidaban entre las ondulaciones del pelo rojo oscuro casi negro de Raihn y el contraste me chocaba, porque yo solo había visto aquel metal sobre el pelo rubio y lacio de mi padre.

La última vez que la había tenido cerca, aquella corona estaba empapada en sangre, enterrada en la arena del coliseo, mientras mi padre moría en mis brazos.

¿Había tenido que hurgar alguien entre los restos de Vincent para recuperarla? ¿Algún pobre criado había tenido que limpiar su sangre, su piel y su pelo de aquellas intrincadas volutas plateadas?

Raihn me miró de arriba abajo.

—Estás muy guapa —dijo.

La última vez que me había dicho esa palabra, en el baile, me había notado un escalofrío por la espalda; cinco letras muy prometedoras.

De pronto me sonaba a mentira.

El vestido no estaba mal. Normalito. Me favorecía. Era de una seda exquisita, ligera, que se me adhería al cuerpo; me lo debían de haber hecho a medida, para que se me ajustara, aunque no tenía ni idea de cómo sabían mis medidas. Los brazos quedaban al descubierto, pero tenía un cuello alto con botonadura asimétrica que me recorría el costado.

Agradecí para mis adentros que me tapase la Marca del Heredero.

Últimamente procuraba no mirarme en el espejo cuando me cambiaba, en parte porque estaba hecha un asco, pero también porque me fastidiaba, me repateaba, verme esa marca. La marca de Vincent. Cada mentira grabada en rojo en mi piel. Cada duda que ya jamás resolvería.

Lo de taparme la marca era, por supuesto, intencionado. Si me iban a exhibir delante de personalidades rishan, debía parecer lo menos amenazadora posible.

Genial.

Raihn me miró raro unos segundos.

—No te lo has abrochado —dijo, señalándose el cuello, y caí en la cuenta de que se refería al vestido; además del cierre de delante, llevaba botones por la espalda, y solo había conseguido abrocharme la mitad inferior—. ¿Quieres que...?

—No —espeté enseguida, pero, en el brevísimo silencio que siguió a mis palabras, entendí que no me quedaba otra—. Vale —dije al cabo de un momento.

Me di la vuelta y le mostré la espalda desnuda a mi mayor enemigo. Me dije con ironía que Vincent se habría avergonzado de verme hacer algo así.

Pero, ¡Madre Oscura!, habría preferido un puñal a las manos de Raihn, sentir el filo a la caricia, demasiado suave, de sus dedos en mi piel.

¿Y en qué clase de hija me convertía que, a pesar de todo, en el fondo, anhelara aquel roce afectuoso?

Cogí aire y no lo solté hasta que me abrochó el último botón. Esperé a que apartara las manos, pero no lo hizo, como si fuera a decirme algo más.

—Se nos hace tarde.

La voz de Cairis me sobresaltó. Raihn se apartó. El otro, recostado en el marco de la puerta, con los ojos algo entornados, sonreía. Cairis siempre sonreía, pero también me observaba siempre muy atentamente. Me quería muerta. Por mí, bien. A veces también yo lo deseaba.

—Vale —contestó Raihn, que se aclaró la garganta y se tocó el puño de la manga.

Nervioso. Nerviosísimo.

A una versión anterior de mí, la que se hallaba enterrada bajo el montón de capas de hielo que yo misma había puesto entre mis sentimientos y mi piel, le habría intrigado.

Raihn se volvió para mirarme, con la boca torcida en una sonrisita, ahogando sus sentimientos igual que lo hacía yo.

—Venga, princesa. Vamos a montar el numerito.



El salón del trono se había limpiado desde la última vez que había estado allí: habían reemplazado las obras de arte y la decoración, y habían retirado del suelo las piezas rotas de reliquias

híaj. Las cortinas estaban descorridas y dejaban a la vista el perfil plateado de Sivrinaj. La ciudad parecía más serena que hacía unas semanas, pero, de vez en cuando, alguna chispita de luz estallaba a lo lejos en la oscuridad de la noche. Los hombres de Raihn tenían bajo control casi toda la ciudad interior, pero, por la ventana de mi alcoba, yo veía enfrentamientos en las afueras. Los híaj no iban a rendirse sin luchar, ni siquiera frente a la Casa de la Sangre.

Noté algo por debajo de todo aquel hielo: ¿orgullo, quizá?, ¿preocupación? No estaba segura. Era difícil saberlo.

El trono de mi padre, el de Raihn, se encontraba en el centro del estrado. Cairis y Ketura ocuparon su lugar a su espalda, pegados a la pared, vestidos con sus mejores galas. Los guardias siempre sumisos. Supuse que a mí también me correspondía subir y ocupar el sillón solitario plantado allí, pero Raihn le echó un vistazo, ladeó la cabeza y luego lo arrastró para colocarlo junto al trono.

Cairis lo miró como si hubiera perdido el juicio.

—¿Estás seguro? —le dijo, lo bastante bajo como para que yo supiera que no debía oírlo.

—Segurísimo —contestó Raihn, y entonces se volvió hacia mí y me señaló la silla mientras él ocupaba su trono, sin dar ocasión a Cairis de discutirse. Aun así, los labios fruncidos de su asesor hablaban por sí solos, igual que la sempiterna mirada asesina de Ketura.

Si pretendía conmovirme con aquel despliegue de... generosidad, amabilidad o lo que cojones fuera, no lo consiguió. Me senté sin mirar a Raihn.

Una criada asomó por la puerta de doble hoja y, tras inclinar la cabeza, se dirigió a Raihn.

—Ya están aquí, alteza.

Raihn miró a Cairis.

—¿Dónde coño se ha metido?

Justo entonces, el aire trajo el olor a tabaco. Septimus cruzó

el salón y subió al estrado con dos zancadas largas y elegantes. Lo seguían dos de sus guardias favoritas Nacidas de la Sangre, Desdemona e Ilia, dos mujeres altas y espigadas, tan parecidas que yo habría asegurado que eran hermanas. Nunca las había oído hablar.

—Mis disculpas —dijo despreocupado.

—Apaga eso —protestó Raihn.

Septimus rio.

—Confío en que tengas intención de ser más cortés con tus propios nobles.

Pero obedeció y se apagó el purito en la palma de la mano. El hedor a carne quemada reemplazó al del humo. Cairis arrugó la nariz.

—Estupendo —dijo con sequedad.

—El rey de los Nacidos de la Noche me ha pedido que lo apague. Sería descortés no hacerlo.

Cairis puso los ojos en blanco y cara de estar haciendo un gran esfuerzo por morderse la lengua.

Raihn, por su parte, se limitó a mirar fijamente la puerta de doble hoja cerrada, como si viera a través de ella lo que había al otro lado. Su semblante no revelaba nada, salvo quizá cierta arrogancia.

A mí no me engañaba.

—¿Y Vale? —le preguntó a Cairis en voz baja.

—Tendría que estar aquí. Se habrá retrasado el barco.

—Ajá.

Aquel sonido bien podría haber sido una maldición.

Sí, Raihn estaba nerviosísimo.

Pero su voz sonó serena y despreocupada cuando dijo:

—Entonces, supongo que estamos listos, ¿no? Abrid la puerta. Que pasen.